

ESTRATEGIAS PARA LA CALIDAD Y LA REGENERACIÓN DE LA DEMOCRACIA,

Salvador Moreno Peralta CAL, Málaga 8 abril 2019

Se trata de un libro colectivo editado por los catedráticos Ángel Valencia y José Manuel Canales, y coordinado por Bernabé Aldeguez Cerdá, Francisco Querol y Sergio Castel. Ya desde el principio no podemos menos que felicitarles por su oportuna y necesaria publicación, pues aborda los distintos matices y componentes del problema más grave, básico y medular a todos los epifenómenos que hoy manifiesta el sistema político que constituye el marco de nuestra convivencia: **la desafección profunda de la ciudadanía hacia la clase política que, en sus últimas y más radicales afloraciones parecen ser una sinécdoque de la desafección por el mismo sistema democrático.**

Este libro indaga en los motivos de esa desafección desde todos los ángulos posibles en que puede ser contemplada, a cargo de profesionales de la Ciencia Política y la Administración, y vayan por delante dos consideraciones previas: se trata de catedráticos, doctores y expertos que analizan el problema desde la gravedad académico y no desde la politología mediática; y en segundo lugar, me alegra constatar que la mayoría de los colaboradores son miembros de universidades periféricas: Málaga, Jaén, Alicante, Elche, Zaragoza o Burgos, lo cual, sin desmerecer en absoluto a los que pertenecen a la Autónoma o la Complutense de Madrid, da una idea esperanzadora de la universidad española, pero sobre todo de la verificación misma de su existencia, cuando ya empezábamos a dudar de que la dimensión pública de la crítica y el pensamiento pudiera ir más allá de las fronteras capitalinas, Madrid o Barcelona, en donde parecen ejercerse en régimen de monopolio.

Como digo, este libro indaga en los motivos de esa desafección, y lo hace desde una visión poliédrica, de forma que el auténtico arsenal de medidas que se despliegan en sus doce capítulos para abordarlos es el correlato de un nutrido **catálogo de inquietudes** que todos podemos hoy sentir sobre el deficiente funcionamiento del sistema democrático. Sentimos que nuestra democracia es muy imperfecta, pero, como se dice en algún lugar del libro, estamos cómodamente instalados en una cultura de la queja dentro de la “zona de confort” que por un lado dificulta el análisis de sus defectos y por otro atenaza la acción para enmendarlo. Salir de esta zona de confort es cosa de **científicos que analizan** y de **políticos que actúan**, con la distinción e interrelaciones que con respecto a sus cometidos hacía Max Weber, pero también, y como este libro se encarga insistentemente de subrayar, **es algo que concierne muy directamente a nosotros**, a la sociedad, en el ejercicio de una **ética política individual** en correspondencia necesaria con **una ética política pública.**

Conviene, no obstante, hacer un importante matiz previo sobre la imperfección democrática. En contra de lo que precipitadamente podríamos pensar, la democracia imperfecta, insuficiente, no es “a priori” algo que lamentar, pues la perfectibilidad (en todos los sentidos: instrumental, funcional, moral...) es consustancial con el comportamiento ético del ser humano, como sujeto individual y social. (La vida es un Camino de Perfección, que decía santa Teresa de Jesús). La voluntad de perfección política es nuestra razón de ser como seres sociales; pero la pretensión de haberla alcanzado conduce a la distopía de un mundo feliz, expresión de una democracia fracasada en la que la coexistencia de opciones políticas ha sido atrofiada en una opción y un pensamiento único, el del **totalitarismo.** (Sólo los regímenes totalitarios tienen la cruel osadía de presentarse a sí mismos como democracias perfectas). Así pues, la justificación ética de nuestras conductas, tanto en el plano individual como en el

colectivo, está en el gerundio eternamente perfectible del sistema, no en el lamento derrotista de lo inalcanzable ni en la autocomplacencia de lo conseguido. Frente a la esterilidad del nihilismo este libro es una juiciosa reivindicación ética de la acción.

Dicho esto, las patologías, disfunciones o imperfecciones que este libro identifica en nuestra democracia pueden obedecer a dos causas: unas son evidentes malformaciones del sistema, verdaderas corrupciones de su funcionamiento; pero otras se derivan de un hecho incontestable del que, al parecer, no siempre somos conscientes: que el mundo está sufriendo una transformación con una rapidez y una intensidad sin precedentes, y dentro de él la concepción misma de la Política. (Y en este sentido, precisamente, no puede ser más oportuno el título de esta colección: “Volverás a la polis”). Como escribía Vasili Grossman en un memorable pasaje de su obra “Vida y Destino”, no hay nada peor que ser hijastro del tiempo, de constatar que el tiempo ya no es el tuyo. Existe una fuerte inercia social que nos impide ver que hay un tiempo que ha llegado al final con sus propias formas de organización política, especialmente la democracia. Pero como dice Alain Touraine, **el final de “un” mundo no es el final “del” mundo**. De la misma forma, es posible que estemos al **final de “una” democracia, pero no “de la” democracia** y, como se postula con claridad y rigor en este libro, serán necesarios unos profundos cambios estructurales en el núcleo mismo de la democracia para que esta no pierda su esencia.

Ya desde el principio los catedráticos Ángel Valencia José Manuel Canales Aliende centran muy bien el balón para que los demás colaboradores desarrollen sectorialmente el tema general del libro mediante un diagnóstico exhaustivo de los rasgos y retos novedosos, tanto del Estado como de la sociedad actual, (es decir, los rasgos de este “nuevo mundo”), que exigen una “nueva democracia”. En ambos casos -en el Estado y la Sociedad- los cambios tienen menos que ver con lo que hace años analizó Alvin Tofler en “El **cambio** de poder” que con lo que más recientemente escribía Moisés Naím sobre “El **fin** del poder”. En sintonía con este último, Canales destaca cómo el constitucionalismo del Estado-Nación del siglo XIX, que se mantuvo relativamente estable a lo largo del siglo XX, ha sufrido unas transformaciones vertiginosamente aceleradas en lo que llevamos de siglo XXI. El Estado ha perdido protagonismo y centralidad merced a una doble corriente: una **policéntrica** y **descentralizadora**, y otra de signo contrario, **“re-centralizadora” o integradora**, en las que la soberanía del Estado y sus competencias exclusivas y excluyentes desaparecen en procesos de integración supra e internacional, como es el caso de la UE. Pero en lo que se refiere a la política económica y monetaria, (realmente la “ultima ratio” del ejercicio del poder) desde hace mucho tiempo la capacidad decisoria de los Estados está transferida a organizaciones como el Banco Mundial, al Fondo Monetario Internacional o al Banco Central Europeo; e incluso China, por ejemplo, tiene hoy un papel protagónico en África, América latina y los países más pobres de Asia, con unas agencias y fundaciones cuya agresiva competencia han desplazado en muchas ocasiones al mismo Banco Mundial. Y los casi invisibles y deslocalizados “hedge funds”, los fondos de inversión, llevan ya una década desbancando a los seis mayores bancos del mundo juntos, bastándoles para ello disponer sólo de unos cuantos centenares de empleados para funcionar. (Por no hablar de las “empresas-Estado”, las omnímodas empresas “unicorn”, “start-ups” nacidas con y desde Internet sobre la base de la supuesta economía colaborativa, con ganancias exponenciales y funcionamiento que en muchos casos escapan a la regulación de los gobiernos, como Amazon, Uber, Wallapop, Airbnb y otras). Y es que cuando Naím habla del fin del poder no se refiere a que este haya desaparecido, ni siquiera de que haya cambiado de manos, sino a la forma diversa,

disgregada, compleja, dúctil y cambiante en que éste se ejerce. La extensión universal de la información mediante la ubicuidad de las redes y la irrupción del **conocimiento** como algo que podríamos llamar hoy el “patrón oro” de la riqueza, ha ocasionado que el poder ya no esté hoy en las instancias políticas y económicas que conformaban el llamado “establishment”, sino en variadas formas de “micropoder”, en nuevos actores pequeños, desconocidos o antes insignificantes, que han encontrado la forma de socavar y acorralar a las megapotencias, esas grandes organizaciones burocráticas que antes dominaban sus ámbitos de actuación.

La sociedad globalizada es hoy una amalgama de realidades complejas y paradójicas en la cual se ha resquebrajado todo un cuerpo de certidumbres y valores que nos servían de referencia. El mundo es difícilmente comprensible por inabarcable y contradictorio, y existe una sensación generalizada de que las democracias occidentales, tal y como quedaron tras la II Guerra Mundial ya no nos sirven. Como ayer mismo manifestaba el profesor norteamericano Steven Levitsky en El País (7 de abril 2019), el principal desafío que hoy tienen los políticos y politólogos es aprender cómo hacer funcionar una democracia en una época en la que el “establishment” ya no tiene ningún peso. Realmente de eso es lo que habla este libro: un manual de respuestas para el catálogo de inquietudes que la sociedad de hoy nos suscita.

Entre estas inquietudes una que provoca un gran motivo de desafección es, sin duda, la **falta de transparencia** a la que ha conducido una profesionalización de la política en tanto que superestructura desvinculada de la ciudadanía. Y esa brecha trastorna toda la lógica del sistema hacia una **doble forma de corrupción**: por una parte, la de quienes utilizan la representación política otorgada en provecho propio **al no sentirse coaccionados por controles eficientes**; y por otra, la de una sociedad que no encuentra sentido a una ética política individual, que debería ser el correlato necesario de una ética pública. Podemos pensar que la peor consecuencia de la corrupción política es la inducción de una forma de corrupción social en la medida en que los mismos ciudadanos acaban claudicando de ejercer sus propias responsabilidades. En todo ello está el origen, primero, del rechazo enérgico hacia una política de “clases extractivas”; después, a la indignación pasional e instintiva contra ellas y, como remate, la aparición de los placebos populistas cuando ya es tarde para reaccionar. Sinceramente creemos que hay una cierta claudicación, una elusión de responsabilidades en el mismo acto de la indignación cuando ésta no pasa de la catarsis callejera. Manuel Arias Maldonado, en su libro “La democracia sentimental”, creo que citando a Daniel Inerarity, dice con gracia que a los que se habían apuntado al exhorto de Stéphan Hessel de “Indignaos” cabría insinuarles también que se apuntaran al de “Comprended”, aunque seguramente si lo hubiera titulado así el viejo Hessel habría vendido menos libros.

El perfeccionamiento de la transparencia está muy ligado a las posibilidades de las **nuevas tecnologías**. Éstas han beneficiado a innovadores y nuevos protagonistas en muy diversos campos. Han creado oportunidades para los activistas en pro de la democracia, pero también para organizaciones políticas radicales y extremistas, por no hablar de terroristas, piratas informáticos, falsificadores y ciberdelincuentes. Y así nos encontramos con que unas insospechadas oportunidades para conseguir la **transparencia** del sistema (que es la mayor garantía para la consolidación de una auténtica democracia representativa) pueden acabar degenerando en la máxima **opacidad** del sistema o, algo peor: viciando de raíz su credibilidad sobre la base de una realidad intoxicada por informaciones falsas.

Este libro alude repetidamente a la vocación de **servicio público** como elemento sustantivo de la democracia, pero no se presenta aquí como un simple manual genérico de buen comportamiento a la manera de un catecismo laico. La voluntad de servicio público no es (sólo) una vocación y una virtud moral- que lo es, por supuesto,- sino la base del concepto de **Responsabilidad Social Pública**, que analiza con precisión Cristina Ruiz-Rico en su capítulo. Este concepto, como el de la Rendición de Cuentas (la “Accountability”), viene a ser como el de la Responsabilidad Social Corporativa pero aplicado directamente a la actividad Política. La responsabilidad, la rendición de cuentas en Política es algo que ha pertenecido más al campo del voluntarismo jurídico que al ordenamiento legal: una especie de plus sobre la regulación legal, algo que siempre se ha movido entre el Derecho y la Ética. Surge aquí el debate de si, no ya la evidente malversación, sino la simple desoptimización de los recursos públicos que se deriva de una actuación política irresponsable deberían traducirse en consecuencias jurídicas y penales . Asunto peliagudo y candente en medio de una judicialización de la vida pública y administrativa con la que hemos llegado a extremos de verdadero bloqueo y esterilidad, con una administración pública esclava de la burocracia y del filibusterismo político. En este escenario es muy difícil plantear algo que, desde otro punto de vista, sería una saludable instancia de regeneración democrática.

Gema Sánchez Medero aborda por su parte otro tema candente: **la importancia que en el deterioro y en la desafección democrática ha tenido la propia deriva oligárquica de los partidos políticos**. Trae aquí a colación una interesante reflexión de Maurice Duverger: el objetivo básico de los partidos políticos es obtener el mayor número posible de votos si quiere ganar y desarrollar su programa ideológico de gobierno. O sea, que los partidos tienen que ser fuertes, pero se da la paradoja de que los partidos que adoptan formas autocráticas adquieren una posición más ventajosa frente a aquellos que adoptan, en cambio, formas democráticas. El resumen es inquietante: a mayor democracia interna, que conlleva participación y pluralidad, mayor debilitamiento del partido, cuyo objetivo, que es la obtención del poder, requiere organización férrea, liderazgo y unidad. **Hoy las endemias de los partidos políticos, que están creando un clima de aversión generalizada, se han propagado a la totalidad del hábitat institucional, menoscabando la credibilidad democrática**. Y realmente es muy grave considerar que los partidos políticos, por cuya legalización este país tanto luchó, y cuya existencia era la condición misma (si no la única) para la homologación democrática (recordemos la piedra de toque que significó la legalización del Partido Comunista), sean vistos ahora como el germen del deterioro democrático. El sistema democrático se hace, ante la opinión pública, cada vez más oligárquico, hermético y distanciado, hasta el punto de que lo que habría de ser el oxígeno de nuestro biotopo político quede reducido a la resignada condición de un mal necesario. Por otro lado, y a pesar del deterioro alarmante de la convivencia al que los partidos contribuyen, es cierto que se está volviendo a una **reideologización** de la sociedad cuando creíamos que las ideologías habían llegado a su crepúsculo. La gran cuestión entonces, la clave del futuro de nuestra democracia, está en redefinir el territorio social de la convivencia en un escenario de radicalización ideológica. Esto es algo que en España se había resuelto de dos maneras: la violenta, que fue la guerra civil, y la pacífica y fecunda, que fue la Transición. Sólo, pues, desde un revanchismo impenitente o de un indisimulado totalitarismo ideológico apenas encubierto de voluntad de reparación histórica puede afirmarse que la “transición” fue una “transacción”, una componenda, un cierre en falso. Se juega con fuego cuando se habla irresponsablemente de estas cosas.

Mientras los partidos no acometan procedimientos para ganar “calidad” representativa, como es el abrir de una vez las cerradas listas electorales, procesos limpios de elecciones primarias ampliadas a simpatizantes y segundas vueltas para evitar chantajes y pactos anti natura, nuestro voto, nuestro anónimo y sagrado voto, servirá para elegir a unos candidatos...que eligieron otros, como dijo Ambroise Bierce. Y así la administración surgida de las urnas y de la que habrá depender nuestras vidas y haciendas, habrá sido elegida por una minoría cerrada de militantes que, sumando los carnés de todos los partidos, no llega al 1,5% de la población española.

Otros autores, como Francisco Querol, se ocupan del alarmante problema de **la falta de liderazgo** como causa, y a la vez efecto, de la crisis generalizada del sistema democrático. Si éste está reclamando una profunda revisión interna para su adaptación a una sociedad radicalmente distinta, de igual forma serán necesarias nuevas formas de liderazgo que, hoy por hoy, no se ven por ninguna parte. Querol, citando a Michael Ignatieff establece para el líder moderno la necesaria relación de “proximidad”, de conciencia de ser “uno de los nuestros” (es decir, para entendernos, justamente lo que la muy “extractiva” Hillary Clinton no consiguió transmitir entre los votantes de la América profunda). Pero, aún estando de acuerdo con Querol e Ignatieff, no creo que debamos despreciar el efecto beneficioso del carisma, el cual comporta un cierto distanciamiento pero que, paradójicamente, es el vehículo para transmitir **autenticidad**, seguridad, sinceridad y confianza. Ciertamente el líder ha de caracterizarse por tener una visión especial, nítida y precisa de un objetivo comunitario. Pero el problema es caer en el mesianismo: cuando esta visión del objetivo comunitario pierde, precisamente, esa objetividad: cuando lo objetivo pasa del terreno comunitario al de la alucinación personal; y aún más complejo: cuando la alucinación personal no es más que la encarnación de una alucinación colectiva, como es el caso del “procés” y sus iluminados protagonistas. De todas formas, en mi modesta opinión hay crisis de liderazgo, no porque falten líderes, sino por el descrédito del liderazgo en sí mismo. No interesa hoy un liderazgo ideológico. Las ideologías han cambiado tanto y han defraudado a tantos que un líder ideológico o político, o no suscita pasiones, o es efímero, o es considerado un embaucador. En este panorama la gente, especialmente los jóvenes, se refugian en la música pop, el cine, el deporte, o, simplemente, en los “tender”, los creadores de tendencias, que ejercen un liderazgo efímero, sin nada sustantivo detrás, sin sustancia, sólo oficiando el ritual de la múltiple reproducción icónica de la nada.

Y termino insistiendo en la idea vertebral del libro. Frente a los retos de la nueva democracia, las mejoras técnicas hacia un mayor control, eficiencia y responsabilidad, códigos de transparencia, fluidez en la información, etc...no procederán tanto de la dimensión coactiva de las leyes sino de una **interiorización ética del concepto de servicio público**. De nada sirven los instrumentos **objetivos** de control si no existe un control **subjetivo**, previo e íntimo, del propio individuo. No hay una ética pública sin una ética individual, ni democracia desarrollada sin demócratas militantes, y eso atañe al ámbito personal de la convicción, del pensamiento y la conducta. Uno tiene que ser demócrata en la esfera social de su comportamiento. Pero la democracia es una suerte de religión laica, y, como tal, la verdadera eficacia pública de esa actitud **moral es que seamos demócratas cuando nadie nos ve**. Ése es el mensaje más valioso de este libro imprescindible.

